

Fernando Carrión, editor

**La ciudad construida**  
**urbanismo en América Latina**

FLACSO - ECUADOR  
JUNTA DE ANDALUCIA

© 2001 FLACSO, Sede Ecuador  
Páez N19-26 y Patria, Quito – Ecuador  
Télf.: (593-2) 232030  
Fax: (593-2) 566139

ISBN-9978-67-057-2  
Coordinación editorial: Alicia Torres  
Corrección de textos: Edmundo Guerra  
Diseño de portada y páginas interiores: Antonio Mena  
Impresión: RISPERGRAF  
Quito, Ecuador, 2001

# Índice

Presentación . . . . .	5
Las nuevas tendencias de la urbanización en América Latina <i>Fernando Carrión</i> . . . . .	7
El regreso a la ciudad construida. La recuperación de la ciudad <i>Luis González Tamarit</i> . . . . .	25
Población urbana y urbanización en América Latina <i>Alfredo E. Lattes</i> . . . . .	49
Modelos de gestión en los centros históricos de América Latina y el Caribe En busca de la integralidad, la gobernabilidad democrática y la sostenibilidad <i>René Coulomb</i> . . . . .	77
De los ábsides urbanos <i>Ariel Núñez</i> . . . . .	97
La economía de las ciudades en su contexto <i>José Luis Coraggio</i> . . . . .	113
Elementos teóricos y metodológicos para el estudio de la ciudad global <i>Saskia Sassen</i> . . . . .	177
Algunas observaciones respecto a cómo el capital está reorganizando nuestro territorio <i>Alfredo M. Garay</i> . . . . .	199
Instrumentos de transformación del espacio urbano; presencia y operatividad en América Latina <i>Manuel Herce</i> . . . . .	233

Ordenación del territorio, desarrollo sostenible y planeamiento Reflexiones de un extranjero sobre la última década y apuntes para el futuro <i>José Román Ruiz</i> .....	247
Plan urbano ambiental de la ciudad de Buenos Aires <i>Silvia Marta Fajre</i> .....	257
Los centros históricos latinoamericanos y la globalización <i>Paulo Ormino de Azevedo</i> .....	275
La centralidad urbana <i>Luis Prado Ríos</i> .....	289
La vivienda en los centros históricos <i>José Ramón Moreno García</i> .....	297
La vivienda urbana en el mejoramiento de los asentamientos precarios <i>Edin Martínez</i> .....	309
Infraestructura y servicios públicos en América Latina Colapso, privatización y alternativas <i>Emilio Dubau</i> .....	325
Urbanismo al eje El Plan de Ordenamiento Territorial y la Bahía de Montevideo <i>Hugo Gilmet</i> .....	343
Vivienda en centros históricos <i>Margarita Magdaleno</i> .....	367
Políticas de desarrollo y políticas de transporte urbano Coherencias y contradicciones <i>Oscar Figueroa</i> .....	377
La ciudad del deseo <i>Jordi Borja</i> .....	391
Algunos imaginarios urbanos desde centros históricos de América Latina <i>Armando Silva</i> .....	397

# Los centros históricos latinoamericanos y la globalización

Paulo Ormindo de Azevedo

En la actualidad se están manejando dos conceptos de centralidad urbana aparentemente dispares, pero están muy vinculados entre sí en el presente ciclo de la globalización. De una parte, los arquitectos y urbanistas hablan de una centralidad local que se materializa, o se materializaba tradicionalmente, en los centros históricos. Los economistas y comunicólogos hablan de una nueva centralidad supuestamente virtual, de algunas ciudades, en las redes de la nueva economía y comunicación globalizada.

Se ha difundido, no por azar, la idea que la globalización resulta de la revolución informática que abolió inexorablemente las fronteras nacionales. Según sus portavoces, para que esa revolución sea universal y perfecta debe ser complementada por la abolición de todos los mecanismos de control nacional e internacional sobre el comercio y el movimiento del capital. Consecuentemente, el Estado debe tener sus atribuciones disminuidas, a través de la desregulación y privatización de sus servicios.

Este nuevo orden mundial ha sido instituida por el llamado Consenso de Washington, que reemplazó los principios de la Conferencia de Bretton Woods (1944), vigentes durante todo el período de la Guerra Fría. Ya que el sistema es abierto, las oportunidades de la globalización serían iguales para todos los países, todo dependerá de su capacidad de competencia. Por lo tanto, no queda a los países subdesarrollados sino integrarse al nuevo orden o quedarse atrás.

En primer lugar, es conveniente recordar que el fenómeno de la globalización no es nuevo. Los distintos ciclos de globalización tienen puntos en común, aún cada uno de ellos tuvo sus especificidades. Ya en la Antigüedad los romanos globalizaron el mundo occidental de entonces, incluyendo toda la Eu-

ropa y el norte de la África, imponiendo alianzas militares, sistemas judiciales, cambiarios y tributarios únicos, control de los flujos de comercio y personas.

La globalización moderna nace con el mercantilismo. En la transición del siglo XV para el XVI, una pequeña nación ibérica, Portugal, gracias a la apropiación de la técnica de navegación astronómica oriental y el desarrollo de nuevos tipos de barcos y velas, crea un imperio globalizado que se extendía de Europa, incluyendo América y África, hasta el Extremo Oriente. Imperio desterritorializado, en la medida que no poseía un territorio continuo sino una red de factorías dispersas en cuatro continentes por donde eran transportados los flujos de mercancía y mano de obra esclava<sup>1</sup>.

El dominio marítimo portugués sería suplantado en el siglo XVII por los ingleses, nuevos dueños de los siete mares, con su flota militar, mercantil y de filibusteros, seguidos por holandeses y franceses. La libra esterlina y el inglés se convirtieron entonces en la moneda y la lengua global, como fuera el latín, hace dos mil años.

El proceso ganó mayor relevancia en el siglo XIX, con la Segunda Revolución Industrial, cuando Inglaterra expandió su dominación en África.

En este proceso de dominación imperial, la imposición de valores culturales, como la lengua y la religión, juega un papel importante, como por ejemplo la aculturación de las poblaciones indígenas de América con la catequesis católica.

Asegurado el control ideológico, se puede permitir una cierta desconcentración del poder. Los romanos no sustituían las autoridades locales, sino que las tutelaban. El mismo concepto de unidades ligadas y controladas por una red existía en el imperio romano, emblemáticamente representada por el *fáccio*. El concepto de red, utilizado hoy para caracterizar la globalización, también existía en el imperio romano, representado por el *faccio* de la provincia, en redes de factorías portuguesas y en la *commonwealth* inglesa, aún controladas por la metrópoli.

La colonización de la América Latina ya se hizo bajo una economía globalizada. El caso brasileño es emblemático de este proceso. El país bautizado de Tierra de Santa Cruz, luego recibió el apodo que lo tornaría más conocido, Brasil, la *commodity* que ha sido su primero producto de exportación. No es por

---

1 Hasta el final del siglo XVII, Brasil era solamente un conjunto de ciudades-puertos a lo largo de una extensa costa. La colonización de su interior solo se hace con el descubrimiento de oro en Minas Gerais, en el inicio del siglo XVIII.

un acaso que allí se crearía la primera empresa globalizada del mundo. La industria azucarera, destinada a la exportación, estaba localizada en una colonia americana, fue financiada por banqueros de los Países Bajos utilizando tecnología oriental perfeccionada por los italianos, usaba mano de obra traída de África y era transportada por la flota portuguesa y distribuida en Europa por los holandeses. En el final del siglo XVII, cuando los *batavos* e ingleses dominaron y perfeccionaron la fabricación del producto, la empresa fue transferida para el Caribe y más tarde para Europa. Las antiguas colonias no quedaron con nada, a no ser la herencia esclavista.

El actual ciclo de globalización no difiere de los anteriores, se basa en la hegemonía militar de solo un país, aun formando supuestas alianzas, adopta el dólar norteamericano (inconvertible a oro) como base del sistema monetario mundial y el inglés como lengua internacional. La diferencia es que las nuevas tecnologías de comunicación han acelerado, hasta la velocidad de la luz, los flujos de informaciones y capitales a lo largo del globo, privilegiando a los que tienen el control de estos flujos.

La falta de control de los flujos de capital ha producido una enorme inestabilidad de la economía mundial, iniciada en 1994 en México y agravada en 1997 y 1998 con la recesión japonesa y las crisis del Sudeste Asiático, Rusia y Brasil. Como consecuencia creció la concentración de riqueza en los países ricos –grupo de los siete– agravada por la mala distribución interna en los países pobres. No obstante, la retórica del libre comercio, el mismo grupo aumentó el proteccionismo contra los productos agrícolas e industriales de los países pobres, bajo los más diversos disfraces.

América Latina ha sido particularmente golpeada por este proceso, con deudas de 7% del PIB en Ecuador; 5.7% en Venezuela y 3.2% en Argentina, entre 1998 y 1999. Curiosamente las únicas excepciones de crecimiento significativo han sido China (11%) e India (6%), países que han sido más cautelosos en la liberación comercial e integración al sistema financiero internacional. ¿Qué hacer? El aislacionismo no es, por supuesto, la mejor salida.

Los efectos culturales no son menos graves. La globalización está produciendo una empobrecedora homogeneidad cultural en todo el mundo. Esto se produce, de una parte, por la invasión en nuestras casas por una *massmedia* omnipresente que divulga valores extraños a nuestra cultura y, de otra, por la reproducción en masa de simulacros de objetos de arte por la industria cultural. La UNESCO denuncia que están desapareciendo, cada año, cinco lenguas primitivas, sin dejar registro alguno.

Otro aspecto de la cuestión es la evasión de talentos. Según la edición de 1999 del informe *Desarrollo Humano* producido por el PNUD, 30 mil doctores africanos, atraídos por mejores salarios, viven en países desarrollados, mientras existe apenas un ingeniero o científico para cada 10 mil personas en sus países de origen. Esta migración no es necesariamente espontánea, sino incentivada por los países ricos. Solo Alemania está importando de la India 20 mil técnicos en informática para sus necesidades inmediatas. La Unión Europea estima en 500 mil el número de trabajadores especializados necesarios para suplir sus necesidades en los próximos años, debido al envejecimiento de su población.

Castells y otros autores, que estudian la llamada sociedad en red, apuntan al rescate y construcción de nuevas identidades como una trinchera de resistencia a la disolución de los valores de identidad, homogeneización cultural y derrumbe de las fronteras nacionales producida por la globalización<sup>2</sup>. Esta revaloración de la identidad puede ser, en sí misma, un deflagrador de cambios socio-culturales positivos. Pero como las identidades están marcadas por la estructura de poder, por la historia de cada grupo, creencias religiosas e instituciones vigentes, ni todas ellas son renovadoras. Existe una gran gama de identidades que van desde aquellas que son solamente resistencia a los cambios, hasta identidades forjadoras de proyectos de futuro. Según él, las manifestaciones identitarias actuales pueden ser clasificadas en:

- Identidad legitimadora, ligada en su origen a las instituciones dominantes; y que sirve de base a muchos movimientos nacionalistas, étnicos y religiosos;
- Identidad de resistencia, generada por actores sociales devaluados y/o estigmatizados por la lógica de la dominación, construyendo de este modo trincheras de resistencia con base en principios que difieren o se oponen a las instituciones de la sociedad;
- Identidad de proyecto desarrolladas por actores sociales que toman cualquier tipo de material cultural disponible para construir una nueva identidad capaz de redefinir su posición en la sociedad y, de este modo, transformar toda la estructura social. Este es el caso, por ejemplo del movimiento feminista, que desafía la familia patriarcal, buscando cambiar la estructura de producción y reproducción, género y personalidad sobre las

---

2 Castells, Manuel, *O Poder da Identidade*. São Paulo: Paz e Terra, 1999.

cuales las sociedades históricamente se establecieron. O aun el movimiento verde, que discute los límites del desarrollo económico capitalista.

Efectivamente, la globalización ha provocado como reacción el renacimiento del nacionalismo, de los fundamentalismos religiosos y del racismo. Las tensiones empiezan como insurrecciones civiles, protestas y en muchos casos atentados. Pronto se transforman en guerrillas y, en muchos casos, guerras convencionales. En las últimas décadas, se expresaron la explosión de federaciones como Yugoslavia; genocidios étnicos, en el Congo, Sierra Leona y Somalia; movimientos separatistas de carácter étnico o religioso en Kosovo, Chechenia, Argelia, Turquía, Timor Este y México. Reacciones irracionales al miedo de pérdida de la identidad.

Estos conflictos y el creciente desnivel entre los países ricos y pobres, están provocando éxodos y diásporas que en 1995 llegaban a 27 millones de refugiados, según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados -Acnur-. Entre otros factores, el número de personas que viven con un dólar por día subió de 1,2 a 1,5 mil millones entre 1987 y 1999. Delante de esos números el creciente malestar es provocado por ataques financieros especulativos que provocan enormes daños. No solo a las economías dependientes de capital financiero, sino a monedas fuertes y estables, como la libra. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, en su Informe de 1999, *Desarrollo Humano*, defiende que para corregir los rumbos de la globalización es necesario:

- que las naciones emergentes y ONG tengan más influencia en los foros económicos internacionales -FMI, BIRD, G-7- controlados por países ricos;
- que las decisiones no consideren solamente las variables económicas, sino sus repercusiones sociales y concluye afirmando que, aun parezca contradictorio, el éxito de la globalización depende de evaluaciones regionales.

¿Ante de la magnitud de las fuerzas económicas en juego se pregunta qué papel pueden tener los centros históricos latinoamericanos dentro de ese proceso? Los más entusiastas se olvidan que la globalización no es un proceso homogéneo, puesto que provoca impactos distintos en función del grado de desarrollo de cada país. En primer lugar, es necesario entender que aún no abrazamos completamente la modernidad. Vivimos en una sociedad muy poco desarrollada, cuya prueba son los bajos indicadores sociales. Acabamos de urbanizarlos

y somos incipientemente industrializados. Como la globalización interactúa con las estructuras locales no es cosa fácil de evaluar, especialmente cuando conviven formas arcaicas y modernas de producción, como en América Latina.

El sector formal está casi totalmente integrado a la economía mundial, mientras el sector informal, que ocupa más de 50% de la población económicamente activa, desarrolla actividades preindustriales, organizadas en el ámbito local. En la medida que se moderniza y desarrolla el primero sector, más crece el segundo y mayor es el desnivel entre ellos. En esta contradicción reside el dilema. Como articular lo local y lo global sin que uno destruya el otro. En los países desarrollados, al contrario, la globalización favoreció la articulación entre estos dos mundos.

El sitio privilegiado de esa disputa es la ciudad, en particular, su centro. Allí, la actividad formal, más ligada a la economía globalizada, se encasilla en torres de vidrio, mientras el informal ocupa las casonas deterioradas y los espacios públicos a sus pies o muy cerca de allí. La propiedad inmobiliaria del centro histórico sigue en manos del sector formal, de las instituciones más conservadoras de la sociedad –gobierno, iglesia, hermandades, santas casas y familias tradicionales– pero los que efectivamente usan sus espacios deteriorados son grupos marginados –indígenas, negros, mendigos y emigrantes–. Surgen así muchos conflictos, que aunque sean parte de la lucha de clase, asume en el centro histórico una complejidad muy grande, debido a la diversidad étnica, identitaria y de intereses envueltos en el proceso.

¿Cómo la clase dominante intentó resolver este conflicto? La idea de patrimonio cultural construida por ella, a partir de los años 30, estaba relacionada con una identidad legitimadora de la nación y por lo tanto de postura conservadora. Sublimaba la ‘cultura’, la ‘memoria’ y la ‘tradición’ como forma de construcción de la ‘nacionalidad’. Este concepto ignoraba, cuando no negaba, las diferencias existentes en el interior de la sociedad, es decir, las identidades de las mayorías discriminadas, intentando crear una sensación de unidad y totalidad que no correspondía a la realidad.

Debido a su carácter elitista, la preservación del patrimonio oficial, entre 1930 e 1970, nunca ha implicado el pueblo, y se restringía al discurso de las elites intelectuales, que elegía como blanco de sus acciones objetos puntuales –obras de arte y arquitectura– representativos de la misma: colecciones, palacios, edificios institucionales, fortificaciones, iglesias, y monasterios, de preferencia coloniales. En el centro histórico, como la acción no podía ser selectiva, ni era posible conciliar los intereses de los que poseían (elite) y de los que usa-

ban (excluidos) la solución ha sido el congelamiento. Se volvía a la vieja confrontación entre el valor de cambio y el valor de uso. El congelamiento, facilitando la deterioración, tenía la función de devolver, a mediano o largo plazo, el suelo urbano al mercado inmobiliario, ya que con la ruina del edificio desaparecía la razón de su intangibilidad.

De otra parte, las comunidades de los centros históricos, al contrario de lo que ocurre en las periferias, no tienen tradición de luchar por mejores condiciones de vida urbana. Esta actitud puede ser explicada, no tanto por falta de una identidad comunal, sino por una estrategia de supervivencia, en la medida que la mejoría del barrio puede precipitar su expulsión de un sitio que, no obstante todas sus carencias, es privilegiado por su localización, especialmente para las actividades informales. De este modo, la política de congelamiento paradójicamente era también interesante para las comunidades de los centros históricos.

El único caso conocido de lucha de la comunidad para legalizar la tenencia y mejorar las condiciones de habitabilidad de un centro histórico latinoamericano ocurrió circunstancialmente con el terremoto que sufrió la ciudad de México en 1985 y que mató, por lo menos, a 20 mil personas. La situación de caos que se estableció en la urbe, a raíz del sismo, permitió que las organizaciones comunales asumiesen rápidamente el control de la situación y pudiesen exigir del gobierno y agencias financieras externas un programa emergente de rehabilitación de las áreas más dañadas. Bajo su presión fueron expropiados 3.569 inmuebles, consolidados o reconstruidos los edificios, propiciando viviendas salubres para 90 mil familias, en una verdadera mini reforma urbana.

Ya en esta época, la práctica del congelamiento de los centros históricos había caído en descrédito. Desde el final de la década del 60, las políticas de preservación cultural empezaron a cambiar con el avance del proceso que conduciría a la actual etapa de la globalización. De una parte, la creciente concientización y articulación de las minorías, facilitada por el avance de las tecnologías de comunicación, empiezan a fragmentar la pretendida unidad del patrimonio nacional. Grupos negros de Bahía, Brasil luchan y consiguen transformar algunos de sus *terreiros de candoblé* en monumentos nacionales. Movimientos semejantes ocurren en la América hispánica y el Caribe. De otra parte, empiezan las presiones de la industria turística globalizada, apoyada por los organismos internacionales, para conversión de las ciudades históricas en objetos de deseo turístico.

La Organización de los Estados Americanos dictó, en 1967, las bases de la 'puesta en valor' del patrimonio cultural latinoamericano en función del tu-

rismo: “Los valores propiamente culturales no se desnaturalizan ni comprometen al vincularse con los intereses turísticos, y lejos de ello, la mayor atracción que conquistan los monumentos y la afluencia creciente de admiradores foráneos, contribuye a afirmar la conciencia de su importancia y significación nacionales”<sup>3</sup>. La idea era que una nueva actividad económica suficientemente fuerte pudiese conciliar el conflicto entre valor de cambio y valor de uso, indemnizando, de preferencia, las dos partes. Como ejemplo, se citaban casos europeos, como el español y el yugoslavo, no considerando que se trataban de contextos socio-culturales muy distintos.

Con financiación de las agencias de petróleo se realizaron, al final de los años 60, los primeros proyectos de turismo cultural en Santo Domingo (Plan Esso) y en Salvador de Bahía (1ª. etapa del Plan Pelourinho, con *royalties* de la Petrobrás). Sin conocer la complejidad del problema, el BID empezó a financiar una serie de proyectos de turismo cultural en la región. En 1974, financió US\$ 26,5 millones al Perú para el Plan Copesco que contemplaba la ciudad de Cuzco y varias villas históricas vecinas. Tres años más tarde financió US\$ 24 millones al gobierno de Panamá para el centro histórico de la ciudad de Panamá y ruinas de la primera ciudad fundada en el país y destruida por piratas ingleses.

El fracaso de esas políticas y la crisis económica regional de los años 80 (‘la década perdida’) hicieron parar esas acciones. A partir de la década del 90, con el avance del turismo globalizado, el proceso es retomado por las agencias internacionales, pero con concepciones diversas. De hecho, el turismo ha sido una de las actividades económicas que más ha aumentado en los años 90, creciendo en una media de 4,3% al año, entre 1989 y 1998. Hoy representa un tercio de la recepción global del sector de servicios, moviendo 625,2 millones de personas y US\$ 444,7 mil millones, en 1998, según la Organización Internacional del Trabajo –OIT-. Pero el turismo ha beneficiado poco a América Latina. Europa sigue siendo el principal destino de los turistas (59,6%), seguida de los Estados Unidos.

Con el descrédito de la política de congelación, fragmentación del concepto de patrimonio nacional, relativización de las fronteras nacionales y homogeneización cultural concurrente con el avance de la globalización, la retórica sobre los centros históricos ha pasado de la afirmación de la identidad na-

3 “Normas de Quito” en OEA, *Preservación de Monumentos*, serie Patrimonio Cultural, n.2. Washington, D.C., 1968, ítem VII -.

cional (para las elites), o mejoría de calidad de vida urbana (para los usuarios) para objetivos casi exclusivamente económicos, como producto de consumo turístico y de entretenimiento.

En este nuevo escenario, a partir de la década del 90, las agencias internacionales pasan a invertir en proyectos de rehabilitación de centros históricos en la región<sup>4</sup>. Después de experiencias poco exitosas de los años 70, el BID y el Banco Mundial revén sus estrategias. El divisor de aguas ha sido el préstamo concedido por el BID a la Municipalidad de Quito, ciudad con una grande experiencia de planificación urbana. Aún manteniendo la tónica en el turismo, estas agencias se dan cuenta que es preciso integrarlo dentro de políticas urbanas más consistentes y amplias. Se incorporan también los conceptos de la planificación estratégica, financiando no solo inversiones públicas, sino también asociaciones público-privadas, dispuestas a invertir en los centros históricos.

De otra parte, con las nuevas tecnologías de comunicación, los centros históricos pasaron a tener una gran visibilidad nacional e internacional, se transformaron en una pieza de *marketing* urbano muy utilizada por los políticos. Para avalar el papel que los centros y ciudades históricas desarrollan en el nuevo escenario globalizado, es interesante analizar los tres mayores proyectos actualmente en curso en la región. Me refiero a los proyectos del centro histórico de Quito, del alcalde Jamil Mahuad, entre 1992 y 1998; la actual etapa del proyecto Pelourinho de Bahia, realizado por el Gobernador Antônio Carlos Magalhães y sus sucesores, a partir de 1993, y el proyecto del centro histórico de Lima, realizado por el alcalde de Lima Metropolitana, Alberto Andrade Carmona, en el período 1995 -1999. De estos, solamente el primero ha tenido financiación externa.

---

4 En 1994 el BID liberó US\$ 42 millones a la Municipalidad de Quito para restauración de su centro histórico. Dos años después financió US\$ 400 millones al Gobierno Brasileño para el Programa de Desarrollo Turístico del Nordeste, donde US\$ 80 millones son destinados a los centros históricos de la región. Al mismo gobierno está financiando el Proyecto Monumenta en el valor de US\$ 440 millones. Dentro de la financiación hecha a la República Argentina para limpieza del Riachuelo en Buenos Aires, US\$ 18 millones son destinados a la rehabilitación de espacios públicos de los barrios de la Boca, Isla Maciel y Barracas. En 1998 fue otorgado otro préstamo de US\$ 28 millones al Gobierno de Uruguay para el programa de Rehabilitación Urbana que contempla mejoras, entre otras, del barrio de la Aguada en Montevideo. Conf. Rojas, Eduardo y Castro, Claudio, *Préstamos para la conservación del patrimonio histórico urbano, desafíos y oportunidades*, serie de informes técnicos del Departamento de Desarrollo Sostenible. Washington, D. C., 1999.

## El proyecto del centro histórico de Quito

El proyecto del centro histórico de Quito es indicador del papel que pueden desempeñar los centros históricos en el mundo globalizado. El proyecto del centro histórico no se limitó a restaurar la imagen de la ciudad antigua, sino que ha implementado programas consistentes de reciclaje de la infraestructura, modernización del transporte público, descontaminación y vivienda. Con recursos de una ley especial aprobada a raíz del terremoto de 1987 y un préstamo del BID por un valor de US\$ 42 millones, se invirtieron en ocho años cerca de 80 millones de dólares. Por sus resultados, este proyecto fue una pieza fundamental para la elección de Mahuad a la presidencia de la República, en 1998. Debido, además, a la nueva actitud de BID financiando integralmente el plan maestro de un centro histórico, no solo en su infraestructura, como en la restauración de edificios de interés cultural, como por ejemplo el Museo de la Ciudad y el Círculo Social.

Aún recusado originalmente por la agencia financiera, se implementó, durante el desarrollo del proceso, un proyecto piloto de rehabilitación de vivienda (US\$1 millón), que se ha convertido en un de los ítems de mayor éxito del proyecto, cambiando la actitud de los técnicos del Banco, que ya admiten financiar este tipo de acción en proyectos más recientes. Curiosamente, los ítems más ligados al turismo, como hoteles, *shopping centers* y estacionamientos privados, se han demostrado como los de peor desempeño costo-beneficio.

El proyecto es administrado por una empresa mixta compuesta por la municipalidad y una fundación privada, financiada por el BID con garantía del gobierno ecuatoriano, lo que la torna accionariamente una empresa estatal. Aún cuando no ha transcurrido suficiente tiempo para evaluar la eficiencia de este modelo de gestión, difícilmente esta empresa será capaz de auto-financiarse. La crisis económica del país, que ha costado parte del mandato presidencial a Mahuad, puso en peligro también la marcha del proyecto.

## El proyecto Pelourinho

El proyecto Pelourinho es otro ejemplo de cómo los centros históricos pueden contribuir para la formación de una imagen global, no solamente de una ciudad, sino de toda una provincia. La presente etapa del programa, después del fracaso de las etapas anteriores, en el final de los años 80, ha sido concebida co-

mo un proyecto turístico para turistas de altos ingresos. Para esto se ha desplazado toda la población del barrio y prohibido el uso habitacional. La nueva función no ha tenido el éxito esperado. Los restaurantes y *boutiques* de lujo no han progresado. En compensación, la población de los barrios vecinos se apropió del proyecto de manera creativa, asegurando su continuidad. La área se ha convertido en un sector de entretenimiento, con bares de vereda y discotecas populares, en donde los antiguos pobladores venden cerveza y *salgaditos* para una clase media emergente de barrios periféricos y visitantes de la ciudad que son atraídos por los ensayos de bandas de carnaval y *shows* musicales promovidos por el Estado.

El gobierno ha comprendido el cambio e implementado un programa de animación cultural que atrae mucha gente, aun de poder adquisitivo bajo. Como un sector de entretenimiento popular, el proyecto se ha convertido en una gran pieza de *marketing* urbano y político de repercusión nacional. Diarios, revistas y televisoras de todo el país y algunos internacionales han dado grandes coberturas al proyecto. El gobernador Magalhães se mantuvo durante dos administraciones consecutivas y fue elegido como presidente del Congreso Nacional, convirtiéndose en uno de los políticos más influyentes del país, en gran parte por estas obras.

El gran problema es que el proyecto, que ha costado hasta ahora US\$120 millones, no logró integrar funcional y económicamente el centro histórico en el organismo metropolitano. En consecuencia, su costo es muy alto y exige permanentes inversiones públicas de conservación y animación. Para superar esta dificultad, el Estado de Bahía está buscando otras fuentes de financiación, que intentan encontrar nuevos rumbos al proyecto, para tornarlo auto-sustentable.

## El Plan Maestro de Lima

El tercero caso es el de Lima y, como los anteriores, fue concebido con pretensiones políticas más amplias. La municipalidad ha elaborado un plan maestro para el centro histórico y recuperado los espacios públicos del mismo. Ha implementado también un gran programa de erradicación del comercio callejero, con facilidades para la compra de locales comerciales, de una parte, y represión a la actividad, de otra. Se estima que 20.000 ambulantes han sido reubicados en pequeños *boxes* (casetas) propios o en mercados públicos. Esta ha sido una

operación políticamente desgastante, con resultados a medio y largo plazo inciertos. La falta de recursos para la realización de acciones más consistentes y mayor integración del proyecto con la planificación general de la ciudad puede explicar el bajo desempeño de Andrade (4,5%) en las elecciones presidenciales de 1999.

Esas experiencias demuestran que la rehabilitación de un centro histórico solo es posible dentro del marco mayor de la planificación integral, urbana y territorial. Sin resolver cuestiones urbanas de base, como accesibilidad, saneamiento, habitabilidad y seguridad es ilusorio imaginar que se pueda introducir nuevas funciones, como el turismo y que esta actividad pueda transformar el área. El plan de Quito es, sin duda, el que obtuvo el mayor éxito y esto se debe a la gran tradición de estudios urbanos de la ciudad. Por su gran visibilidad y sentido identitario, el centro histórico se puede convertir en una pieza de *marketing* urbano y político de importancia, especialmente con las nuevas tecnologías de comunicación (telemática). Sin embargo, si el producto no corresponde plenamente con el *marketing*, la campaña puede costar muy caro, o tener efectos contrarios a lo esperado.

## Conclusión

La globalización, independiente de sus efectos económicos y políticos discutibles, representa un peligro para la cultura. Así, la preocupación de las elites intelectuales de la región hasta los años 80, con la dispersión, deterioro y destrucción del patrimonio cultural por agentes locales empieza a ser superada por el miedo de la homogeneización cultural globalizante, que anula el carácter y diversidad de las culturas, sea a través de la reproducción y banalización de los acervos del pasado por la industria cultural, sea por el avance de las tecnologías de comunicación (telemática), que entran en las casas sin pedir permiso, homogeneizando y pasteurizando (esterilizando) la producción cultural contemporánea. Este fenómeno amenaza, no solo a los países del Tercer Mundo, sino también a los hegemónicos.

Para los intelectuales de todo el mundo, la última trinchera de defensa del patrimonio es su transformación en Patrimonio de la Humanidad, bajo la tutela de la UNESCO. Defensa moral, más que efectiva, ya que el organismo no dispone de recursos para su conservación. Paralelamente, se intenta la formación de algunas redes de ciudades históricas, destinadas a facilitar el canje de ex-

periencias, la cooperación, la formación de personal y busca de apoyo de los organismos internacionales<sup>5</sup>.

La situación de los centros históricos es más preocupante. La globalización tiende a aumentar los desniveles económicos y la exclusión en las sociedades locales, lo que se refleja directamente en el centro urbano. La posibilidad de resistencia a ese proceso a partir de la comunidad de usuarios, parece remota, a menos que esta comunidad se integre a movimientos urbanos más amplios, que tienen sus bases en la periferia y una larga tradición de luchas políticas. A pesar de la diversidad de identidades y reivindicaciones, todos estos grupos tienen en común una cierta adherencia al escenario de sus luchas, el centro de la ciudad, es uno solo. La globalización no anula la participación de los actores políticos en la transformación de la sociedad, sino que genera para ellos nuevos espacios. La creatividad, la capacidad de movilización y la negociación continúan como las herramientas para conquistar un lugar al sol en la sociedad en red.

En este punto volvemos al inicio de esta comunicación. La centralidad urbana local, como espacio-lugar de que hablan los arquitectos y urbanistas, se disolvió mucho con la globalización, pero una nueva red de centralidades urbanas jerarquizadas, nudos del espacio-flujo, están en formación en todo el mundo. Esta nueva centralidad no es virtual, como muchos piensan, se apoya en una cierta densidad de producción local de conocimientos, informaciones, decisiones y creación artística. Los más importantes centros históricos del mundo han sido exactamente esto, en el pasado: Florencia, París, Madrid, México, Quito, Cuzco, Bahía y Ouro Preto, entre otros. Para que nuestros centros históricos recuperen la centralidad que han perdido, es necesario que sean menos historia y más presente. Que vuelvan a invertir en la invención y en la creación.

---

5 Entre otras podemos citar el Word Heritage Center, la Organización de las Ciudades del Patrimonio, la Unión de las Ciudades Latinoamericanas, los Encuentros de Alcaldes y Autoridades de Ciudades de América Latina y el Caribe con Centros Históricos en Proceso de Recuperación.